

**LOS PROCESOS DE RESISTENCIA CONTRA LA MINERÍA EN
TÁMESIS Y SU INCIDENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE SUJETOS
POLÍTICOS¹**

Darly Alejandra Zapata Quinchía

Asesora

María Maya Taborda

Profesora de cátedra e investigadora

Grupo Recursos Estratégicos, Región y Dinámicas Socioambientales

Trabajo de grado para optar al título de:
Periodista

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE COMUNICACIONES
PREGRADO EN PERIODISMO
MEDELLÍN, ANTIOQUIA
2019**

¹ Este proyecto recibió dineros del Fondo para Apoyar los Trabajos de Grado de Pregrado de la Facultad de Comunicaciones y el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia.

Agradecimientos

A mis padres por su apoyo incondicional y por creer en mí. A Herman Vergara, Rodrigo Echeverri y Gloria Herrera, protagonistas de estas historias, por brindarme su tiempo y disposición durante todo el desarrollo del reportaje. A Cecilia Zapata, por abrirme las puertas de su casa en Támezis durante las largas jornadas de trabajo de campo. A mi asesora, María Maya, por su acompañamiento y orientación constante. A Juan David Ortiz, por el tiempo dedicado y los consejos periodísticos.

Contenido

Introducción	4
¿Por qué Támesis?.....	4
¿Qué pasa en Támesis?	5
¿De qué va este reportaje?.....	7
¿Quiénes son esos sujetos?	7
Gloria	9
Los días que luché.....	12
Aquí no importamos.....	15
¿Un paisaje bonito?	19
El miedo a un color político	21
Herman	24
Un líder de bajo perfil, ¿o no?.....	27
No a la minería, ¿o no a la minería en Támesis?	31
Ambientalista, sí. ¿Y actor político?, “obvio”	34
Rodrigo	38
Un fortín para el turismo	39
Ecoturismo, ¿una alternativa para atacar la minería?	41
¿Se puede vivir del turismo en Támesis?.....	44

Introducción

¿Por qué Támesis?

Támesis fue siempre ese lugar al que siempre terminaba volviendo. Sus montañas empinadas siempre me causaban asombro. Recuerdo el olorcito a café y la humedad de esas mañanas de enero y junio que pasaba con mi papá en vacaciones.

Desde la neblina que a veces cubría el pueblo, hasta el cristo de brazos abiertos que había en la cima de una de esas montañas, hicieron parte de ese paisaje cotidiano cuando era niña. Lo extraño es que nunca pensé que sus ríos, sus calles adoquinadas, sus cultivos de café, naranja y plátano, sus casas coloridas con petroglifos pintados en sus fachadas y su gente, se irían a convertir en símbolos de resistencia cuando se comenzaron a sentir amenazas por la llegada de posibles incursiones mineras a la que conocemos como la “Tierra del siempre volver”.

Recuerdo que una tarde del 2008 comencé a ver en Támesis muchas banderitas blancas con letras negras y rojas que decían “*No a la minería*”. Casi todas las casas y tiendas del pueblo las tenían puestas en sus ventanas, puertas y paredes. Por las calles se podía sentir un aire de rechazo hacia esa presencia extraña que comenzaba a amenazar el territorio. Esa era la primera vez que veía una unión tan fuerte en torno a un problema en común en un pueblo del Suroeste.

La organización -repentina para mí- de la gente de Támesis fue toda una sorpresa. En todos los años que había visitado el pueblo nunca había visto tanta movilización alrededor de algo. Aquí ya no eran tan importantes las inclinaciones políticas o diferencias religiosas porque casi todos tenían algo en común: no querían que la minería irrumpiera en su cotidianidad, en su tierra, en sus aguas, en sus vidas.

Nunca fui muy cercana a los temas sobre minería, los conflictos socioambientales o las disputas por los recursos naturales. Nunca me habían tocado lo suficiente. Pero la cercanía que siempre he tenido con el Suroeste, la tierra de mi papá y mi mamá, y el arraigo a las montañas tamesinas hizo que la minería fuera más que un tema controversial para mí. Así fue como comencé a indagar sobre esas formas de resistencia que estaban emergiendo en un pueblo que nunca antes se había unido tan fuertemente en una misma lucha.

¿Qué pasa en Támesis?

A Támesis, al igual que a otros municipios aledaños como Valparaíso, Jardín, Jericó, Tarso, Pueblorrico, Caramanta y Andes, se le ha denominado por el Gobierno Nacional y algunas empresas dedicadas a la minería como el Cinturón de Oro de Colombia, por encontrarse en una parte de la Cordillera Occidental que se caracteriza por poseer uno de los mayores yacimientos de oro y de otros minerales en el país.

Del 2001 al 2015 aumentaron en Colombia las concesiones de exploración y explotación en el marco de la nueva normatividad minera que se reestructuró para dar un mayor lugar a la inversión extranjera. También se expresó durante los gobiernos de Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos un interés en la minería como posibilidad de generar crecimiento económico en el país en consonancia con un escenario internacional caracterizado por los altos precios del oro y otros metales. Esta tendencia general se evidencia en Támesis, donde desde el 2008 se les han otorgado licencias a empresas mineras como Solvista Gold Corporation y AngloGold Ashanti para que comenzaran sus fases exploratorias en gran parte del territorio tamesino.

Como respuesta a estas concesiones en su territorio, algunos miembros de la comunidad de Támesis comenzaron a realizar acciones que mostraran su posición de rechazo y de resistencia ante la posible amenaza de explotación del subsuelo y de

cambio en la vocación del suelo. Así, los tamesinos quisieron unirse a otros municipios que hacen parte del Cinturón de Oro, por lo que se articularon y crearon el Comité Occidental Ambiental (COA), y a su vez, surgió también el Comité por la Defensa Ambiental del Territorio (Codeate) como una agrupación social de personas naturales que velan por el cuidado y la protección de los recursos naturales de Támesis.

Diversas voces de Támesis han resaltado la inconveniencia de realizar minería en esta región. La economía de Támesis está basada en el cultivo de café, plátano, cítricos, caña de azúcar y en la actividad ganadera, aparte de que el municipio posee una de las mayores riquezas hídricas de la región.

Por esto, y con el fin de demostrar que los tamesinos nunca han necesitado de la minería para vivir, líderes comunales, autoridades administrativas, docentes, estudiantes y habitantes de la zona urbana y rural, con diferentes inclinaciones políticas y trayectorias de vida, se comenzaron a unir con el fin de mostrar su rechazo ante una posible incursión minera. Así fue como comenzaron a surgir y fortalecerse agrupaciones como la Corporación de Caminantes (Acata), el Circuito Económico y Solidario de Támesis (Cesta), la Asociación de Familias Campesinas por un Campo Mejor, los Acueductos Comunitarios y algunas Juntas de Acción Comunal, conformadas por habitantes del área urbana y rural del pueblo.

Las exploraciones mineras que la gente comenzó a notar y la amenaza de una posible incursión de transnacionales mineras en Támesis, hicieron que la mayoría de los habitantes del municipio se comenzaran a pensar como comunidad, salieran a las calles a marchar, pusieran banderitas blancas en sus casas o negocios con un “No a la minería”, aprendieran sobre leyes, decretos, acuerdos municipales y estuvieran al tanto de los asuntos políticos, económicos y ambientales del país. Estos escenarios, donde se fusionan pensamientos, ideologías, tradiciones y creencias, hicieron que

algunos de los habitantes de este territorio se comenzaron a transformar como sujetos políticos.

¿De qué va este reportaje?

Este reportaje se basa en tres personajes que, permeados por sus discursos, prácticas, creencias y formación académica y familiar, se han constituido como sujetos políticos que participan, activa o pasivamente, en un proceso de resistencia contra la minería en Támesis. Asimismo, aborda las tensiones causadas por la incursión de proyectos extractivos mineros en un municipio que no ha sido tocado por la minería a gran escala.

Gloria Herrera, profesora de Travesías, vereda de la parte alta de Támesis; Herman Vergara, líder e integrante de Codeate, y Rodrigo Echeverri, un emprendedor tamesino que vive y quiere seguir viviendo del turismo en su pueblo natal; son tres personas a las que los procesos de resistencia contra la minería incidieron en su forma de conocer, de concebir y de apropiarse del territorio.

Cada uno de ellos se conformó como un sujeto político al hacer parte de un proceso donde se desprenden cuestionamientos, percepciones e interacciones sobre los aspectos y dimensiones de esa realidad social que está ligada a una problemática que todos tienen en común.

¿Quiénes son esos sujetos?

Gloria fue desde 1993 la profesora de la escuela de la vereda Travesías. Ella, desde su cotidianidad y su labor docente, se comenzó a pensar como alguien que debía defender los recursos hídricos de su vereda, una de las más lejanas del casco urbano de Támesis, y así mismo exigir un mayor apoyo a los campesinos, pues, para ella, estas dos problemáticas no están aisladas: *“Como el agua y el territorio son la*

prioridad para nosotros, empecé a participar de organizaciones que defienden el territorio como el COA y el Codeate. En San Pablo hicimos un foro de “No a la minería” y se hizo un debate muy fuerte sobre todos los daños que esta causa... La amenaza minera en Támesis también ha dejado ver la falta de oportunidades de los campesinos en el pueblo.

Herman, es uno de los líderes que más se ha apropiado de la defensa de Támesis. Ha estado en todas las movilizaciones sociales y acciones pacíficas contra esos agentes externos que quieren cambiar la cotidianidad y las dinámicas de su pueblo, y ha sido reconocido como esa figura que ha liderado la lucha de resistencia a la minería en el pueblo: *“Es muy romántico uno decir que “no a la minería”, que no necesitamos de la minería. No, yo pienso que hay zonas del país donde podrá ser más fácil, pero desde el tema social porque históricamente han hecho minería. Acá en Támesis es muy complejo, acá no se va a permitir”.*

Rodrigo es un emprendedor tamesino. Desde el 2005 comenzó a desarrollar la idea de una empresa de ecoturismo que más adelante se convertiría en una alternativa económica que busca potenciar el reconocimiento de Támesis como un municipio “que tiene con qué oponerse a la minería”: *“El turismo nuestro no es el turismo urbano, nosotros lo que hacemos es que la misma gente del pueblo empiece a salir y que la gente externa empiece a reconocer lo que tenemos; eso genera que Támesis tenga un valor mucho más grande que la minería. Nosotros no decimos el cuento de “no a la minería”, nosotros decimos ¡es que aquí es impensable hacer minería por las características y las condiciones que tiene este territorio!”.*

Gloria

Allá arriba, en lo alto de una de las montañas del Suroeste, después de pasar riachuelos y atajos, cruzar por un puente de guadua el río Conde y subir un pendiente camino de herradura rodeado de matas de plátano y café, aparecen los tonos amarillos y verdes que cubren las paredes y las puertas de una escuela. Allá arriba, a unos tres kilómetros del parque de San Pablo, uno de los dos corregimientos de Támesis, por un camino a pie que se toma aproximadamente dos horas, está la escuela de Travesías, una de las veredas donde también ha llegado la amenaza de un ‘monstruo’ al que muchos temen: la minería.

Son las once de la mañana de un martes de mayo. Gloria Herrera está junto a 16 niños en el camino que conduce a la escuela. Tiene 59 años, pelo corto y ojos delineados que protege detrás de sus gafas. Toma de las manos a dos de los niños y sube caminando con ellos hasta un corredor de cemento que antecede a la puerta principal de la escuela y que quieren -a futuro- enmallar para proteger a los niños cuando juegan. Al llegar, Gloria reparte a los niños yogurt con galletas, y con una voz dulce y a la vez autoritaria les pide que después de comer entren al salón para seguir repasando matemáticas, una de las siete materias que ella dicta.

Gloria Piedad Herrera Yepes llegó a Támesis en 1993. Antes vivía en Medellín y trabajaba como profesora en colegios particulares, pero, después de presentarse al concurso docente del magisterio y ganarlo, decidió irse a enseñar a Támesis, pueblo que conoció porque uno de sus hermanos trabajó allí como policía. Fue así que, desde el 23 de junio de 1993, Gloria comenzó a ser la nueva profesora de Travesías.

Al llegar a la vereda lo primero que hizo fue buscar casa por casa a los niños para invitarlos a estudiar y, según ella, esa fue la única época en que ingresaron 32

niños a la escuela, la mayor cantidad de estudiantes que ha tenido. Ahora tiene 16 niños repartidos en los diferentes grados de primaria: de preescolar a quinto. Todos ellos estudian de 7 a.m. a 1 p.m.: leen, dibujan, suman, restan, juegan fútbol, ayudan en la huerta escolar donde tienen sembradas zanahorias, yerba buena, penca sábila, las papas criollas que el invierno del 2018 no ha dejado crecer, y una mata de piña.

Gloria, mientras se sienta en su escritorio y les pide silencio a los niños, dice: “Yo tengo un trabajo con 16 niños aquí en mi vereda, algunas familias con situaciones difíciles en la parte afectiva. Son familias que fían la mitad del año y en la época de cosecha pagan, pero siempre tienen el recurso de la alimentación, una vivienda, no en las mejores condiciones, pero tienen su vivienda, aunque no todos los niños tengan una cama”.

A pesar de la difícil situación económica en la que viven algunos niños, según Gloria, ninguno de ellos llega sin comer nada a su escuela. En Travesías no hay otro tipo de recreación diferente a la placa, al río Conde, o a los pocos juegos infantiles que hay en la escuela; pero, para esta profesora, sus niños son felices así.

La escuela también es en ocasiones usada como caseta comunal, en la cual se tratan asuntos importantes para la vereda como ahora lo es, entre otros más, la minería. Hace algunos años Gloria, convencida de su defensa del agua y de su vereda, no quiso prestar la caseta comunal cuando las empresas mineras Solvista Gold y AngloGold Ashanti quisieron hacer una socialización del proyecto de exploración y explotación de minerales que pretendían llevar a cabo en la vereda. Este fue el primer acto político que mostró a la comunidad su descontento frente a las mineras.

En Travesías también vive Duván Granada, presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda. Entre sus ocupaciones diarias está el asistir a reuniones donde se abordan temas de interés para la comunidad como los caminos en mal estado que tiene la vereda y que imposibilita el transporte de alimentos y animales, la dificultad que tienen para vender los productos que cosechan a un precio justo y la preocupación

por una posible privatización del agua. En su casa, desde donde se ven los farallones de La Pintada, Duván se sienta en una silla de madera, le pide un café a su hija y comenta en un tono firme:

“Primero vino la Solvista, luego la AngloGold Ashanti. Ellos estuvieron por acá y nos reunimos. Porque de todas maneras a nosotros nos gusta escuchar la gente. Llegaron ofreciéndonos insumos para el campo, pero nosotros acá en la vereda no les aceptamos nada. Claro que, en Manzanares, la vereda de allí arriba, sí les recibieron. Y algunas personas de Travesías, que viven acá, pero tienen terrenos en Manzanares, les recibieron, por ejemplo, semillas de café.”

Travesías está ubicada en uno de los recodos de la Cordillera Occidental. Es una de las veredas de la parte alta de Támesis, y es precisamente su ubicación geográfica, su riqueza hídrica y el estar sobre uno de los yacimientos de oro y de otros minerales más importantes del país, lo que la hace llamativa para la exploración y explotación de minerales.

Desde el 2008, con la creación de distintos movimientos contra la minería en Támesis, Gloria comenzó a articularse en la defensa del territorio y del agua, asistiendo a las reuniones que realizaba el Comité por la Defensa Ambiental del Territorio (Codeate). En esa época, Gloria tenía aproximadamente 47 años, llevaba quince años trabajando en la escuela de Travesías y las ganas intactas de luchar contra lo que ella pensaba que solo generaría una “descomposición social” y la pérdida de los recursos hídricos y agrícolas de su pueblo.

Cuenta que Anglo Gold Ashanti visitó la vereda y aseguró que sus actividades de exploración no generarían daños, pero es escéptica con esa afirmación:

“Nos dijeron que ellos iban y hacían la inspección, exploraban, y luego todo quedaba tal cual. Pero como la parte alta es donde contaminan, porque si van a hacer la inspección para averiguar si hay el metal o no tienen que utilizar mercurio, entonces

igual todos los residuos van a caer al río Conde y probablemente también a los nacimientos de nuestras aguas”, comenta Gloria.

Antes de comenzar a participar en reuniones, marchas y convites, la profesora solo se dedicaba a dar clases en su vereda, con el modelo pedagógico de Escuela Nueva -enfocado principalmente en las escuelas de las zonas rurales que, por lo general, tienen un solo docente para todas las áreas y que se basa en cada alumno y la relación con su contexto y su comunidad- Gloria siempre ha trabajado al ritmo de aprendizaje de cada niño. Su prioridad era pensionarse y poderles brindar una educación superior a sus dos hijos, Esteban y Daniel. Ellos ya no viven con ella, al terminar la secundaria y no pasar a la Universidad de Antioquia, los dos se fueron a estudiar a Tuluá. Así que ahora Gloria camina cada viernes junto con su esposo hasta la casa que tienen en el corregimiento de San Pablo, allí pasan los fines de semana y en los atardeceres de cada domingo regresan a Travesías.

Los días que luché

Las vías de acceso de San Pablo hasta Travesías son precarias. Para llegar hay que pasar por atajos y canelones. Estos últimos, según la gente de la vereda, se van moldeando cuando la lluvia lava la tierra y forma paredones en cada lado de los caminos tomando una apariencia de cilindro o canelón; además de que los campesinos los van anchando y profundizando para que las mulas que van cargadas con productos del campo no se vean en aprietos para pasar. Cada domingo en la tarde Gloria pasa por esos caminos para llegar desde San Pablo hasta su casa y su escuela en la vereda y empezar una nueva semana.

A las dos de la tarde Gloria Piedad termina su jornada en la escuela. Los niños -que tienen entre 4 y 11 años- son curiosos, atentos y, sobre todo, cariñosos con su

profe. A la una de la tarde, después de que cada uno le da un beso de despedida, Gloria cierra con llave los salones y se dirige a la huerta:

“A mí me da mucha tristeza —dice en un tono suave, mientras arranca la maleza de su tomatara —porque a veces uno se siente utilizado. La otra vez, tenía yo esta tomatara hermosísima, la huerta estaba muy bonita, pero gracias a mis esfuerzos y los de los niños y las mamás; y justo ese día llegaron de la oficina de la Umata y tomaron fotografías, así se atribuyeron el trabajo como si lo hubieran hecho ellos. Y claro, ahí cerraron la inversión de mi escuela, sabiendo que el trabajo siempre ha sido mío.”

A pocos pasos de la escuela está su casa, desde donde se ven a la izquierda los Farallones de La Pintada. Para llegar hay que subir una pequeña pendiente que en invierno se vuelve pantanosa. Las paredes de la casa son azules y blancas, tiene chambranas alrededor del corredor principal, mientras que adentro, en la pared del fondo de la habitación principal, hay fotografías enmarcadas de los balcones coloridos de Támesis. Afuera, en los corredores, permanecen dos mecedoras que se mueven con el viento fuerte de mayo y que están cubiertas de una pequeña capa de polvo.

Gloria cocina, barre, trapea y prepara las clases que dará al siguiente día. Orlando Vélez, su esposo, es un campesino que trabaja la tierra, todos los días madruga a estar pendiente de la cosecha de café, o de plátano. Él no se inmiscuye mucho en los asuntos de la escuela, ni debate mucho sobre los temas comunitarios, aunque Gloria siempre recuerda con mucho orgullo que hace unos años él y sus hijos le ayudaron a pintar la escuela cuando se cansaron de esperar por más de un año tres tarros de pintura que la alcaldía les había prometido y que hasta ahora no han llegado.

Mucho tiempo atrás, esta profesora que llegó a enseñar en el 93 a la escuela de Travesías, una vereda que queda en lo alto de las montañas, no se imaginaba que llegaría a alzar la voz para defender los recursos y derechos de esa comunidad. Cuando en el 2008 se comenzó a sentir en Támesis una real amenaza por una posible

explotación de sus recursos naturales, personas como Gloria decidieron que el silencio no era una opción.

Mientras camina de la escuela hasta su casa, Gloria recuerda cómo empezó a movilizarse: “Yo me inicié en esta actividad cuando hice parte de una capacitación en San Pablo con Penca de Sábila, una corporación ecológica. Allí nos motivaron para la defensa de nuestros acueductos comunitarios y todo el proceso que debemos hacer para defenderlos y seguirlos administrando. Entonces, como el agua y el territorio son la prioridad para nosotros, empecé a participar también con otras organizaciones que defienden el territorio como el COA y el Codeate; también porque en San Pablo hicimos un foro de “No a la Minería”, y se hizo un debate muy fuerte sobre todos los daños que esta causa”. Gloria comenzó a participar y a empoderarse, como ella misma dice, para defender los recursos de una comunidad que no ha estado entre las prioridades de la Administración.

Candelaria Montes es una mujer de unos 74 años, de piel trigueña y pelo canoso. Ella, al igual que otras personas de Támesis, reconocen a Gloria como una mujer que ha estado pendiente de todo lo que ha acontecido alrededor de las problemáticas sociales y ambientales de su comunidad. Para ella, ‘a veces los que resisten se sienten solos’:

“En general, en San Pablo son muy pasivos. Al contrario de Palermo, otro de los corregimientos de Támesis, que son mucho más activos, pero también hay que entender que allá son los grandes finqueros los que se están manifestando. Aquí son poquitas las personas que han decidido salir y participar de las reuniones, protestas y convites. Gloria ha sido una de esas personas que ha estado ahí, al pie del cañón”.

La transformación de una profesora que dicta clases de matemáticas, español o ciencias naturales, a una mujer que comenzó a preocuparse y a participar activamente en los procesos de resistencia que se fueron dando cuando las empresas mineras empezaron a rondar en el pueblo, marcó un antes y un después en la vida de

Gloria Piedad. Sin embargo, el presente es distinto y esos días de lucha activa se fueron desvaneciendo con las dificultades para desplazarse hacia las diferentes reuniones y manifestaciones, y también con un miedo que comenzó a invadirla.

Aquí no importamos

Según Gloria, en Travesías hay 180 personas aproximadamente, entre adultos, jóvenes y niños. En algunas casas de la vereda hay hacinamiento: viven desde dos hasta tres familias. La mayoría de las personas de Travesías se dedican al cultivo de plátano y café y, en menor escala, al de yuca. La escuela es una de las construcciones más importantes de la vereda.

Al caer la tarde, Gloria a veces sube a la casa de Duván Granada, el presidente de la Junta de Acción Comunal, a charlar un rato. Él vive unos pocos metros más arriba de su casa. Allí se sientan alrededor de una mesa con taburetes de madera que hay en el corredor y, mientras se toman un tinto, discuten diferentes temas de interés actual. Ahora una de las preocupaciones que tienen se basa en el estado en que se encuentran las vías de acceso de la vereda y en cómo lograr una ayuda de la Administración Municipal para facilitar el transporte de los productos que cosechan y de sus animales; por eso cuando se toca ese tema, Duván frunce las cejas y lanza palabras cargadas de indignación:

“Imagínese usted que la prueba de taza al mejor café del Suroeste quedó aquí arriba en Manzanares, pero el café lo producen aquí en Travesías. Eso estuvo muy bien, pero lo triste es que en la vereda tenemos serios problemas con lo que producimos. A veces puede haber un racimo de banano que pese 50 o 60 kilos, pero hay que dejarlo o echárselo a los animales porque no hay como transportarlo; nos sale más costoso la llevada hasta San Pablo en la bestia que lo que nos pagan por él. Muchas veces hacemos más dejándolos a los pajaritos que venderlos. Nuestros

productos ya no son rentables porque no tenemos cómo sacarlos al pueblo. Lo único que sí sacamos a como dé lugar es el café”.

En Támesis se comenzaron a hacer marchas, vigilias, plantones y otros tipos de movimientos con el fin de resistir contra la minería, y fue precisamente esto lo que también permitió que se visibilizaran aún más unas problemáticas puntuales que se terminaban sumando a las demás preocupaciones y reclamos de la comunidad. El tema de la minería no se estaba dando de manera aislada; había otros aspectos, como el poco apoyo que se le estaba dando al campesino por parte de la Administración, que también comenzaron a hacer parte del debate público entre la comunidad. Aunque la posición de la Administración de Támesis ha sido públicamente en contra de la minería, pues así lo han hecho saber en medios de comunicación como El Tiempo, El Colombiano, Portafolio, Caracol y El Espectador, en las calles del pueblo se escuchan murmullos y afirmaciones de que esto no es así.

Gloria ha reprochado fuertemente la actitud que se ha tenido con el campesino en el pueblo. Aunque su voz es muy dulce y suave, cuando se trata de asuntos así, no duda en alzarla para que se escuche más fuerte: “Támesis es un municipio que tiene los tres climas, pero aquí no se le está dando la oportunidad al campesino porque empiezan con lo del control, que tiene que tener registro del Invima, que no pueden vender el pollo, que el queso tampoco, ¿entonces el campesino de qué va a vivir? Ahora nosotros tenemos el Circuito Económico Solidario de Támesis, que todos conocemos como Cesta, y que es una de las organizaciones que vela por el producto campesino, pero también les ha tocado luchar en contra de muchas políticas de la Administración. Ellos en las redes sociales tratan de poner mensajes como: cómprele al campesino, ¿antes no vivíamos de lo que el campesino producía y no de lo que traíamos de la ciudad?”.

Estas preguntas sobre el futuro del campesino en el municipio no solo se las ha hecho Gloria. Herman Vergara, integrante del Comité por la Defensa Ambiental del

Territorio (Codeate), también comparte los mismos cuestionamientos. Herman visita todos los domingos el pueblo, se sienta en alguna mesa del parque principal y pide un tinto. A veces lleva un costal con truchas que produce en su finca y que le encarga algún “paisano”. Afuera de las rejas que encierra la fonda del parque principal, están los toldos de Cesta con los productos campesinos que desde las distintas veredas bajan a vender al pueblo.

Después del tinto sin azúcar, Herman reflexiona acerca del discurso “doble moral” que cree que está manejando la Administración: “Una cosa es lo que ellos dicen sobre la minería y sobre el campesino, y otra muy distinta es lo que están haciendo. Es alarmante querer convertir al campesino en un “empresario del campo”, pues es abandonar la figura tradicional del campesino por algo puramente mercantil. La falta de apoyo al campesino y a su tierra está haciendo que veredas de la parte alta como El Tacón se estén despoblando. Mire, usted va a El Tacón y si se encuentra con cinco familias es mucho; el resto son casas vacías, desocupadas. Al campesino no le queda otro remedio que vender sus tierras y ahí es cuando estas empresas mineras aprovechan y compran”.

Hace algunos años en el pueblo se comenzó a notar la presencia de gente extraña, gente que no era del pueblo, y que luego reconocieron como trabajadores que pertenecían a empresas mineras como Solvista Gold Corporation y AngloGold Ashanti que estaban haciendo, en una primera fase, la detección de minerales como el oro en varias zonas y la socialización del proyecto con algunas comunidades. Fueron varios paquetes de abonos o insumos que llevaron a distintas fincas campesinas con la estrategia de ablandar un poco esa negativa contra la minería. La alcaldía, como respuesta a esto, comenzó también a llevar a las veredas abonos y semillas de café, pero esto solo acentuó los cuestionamientos sobre la importancia que realmente se le estaba dando a las comunidades campesinas.

Al igual que Herman, en Río Frío vive desde hace 19 años la familia de Ascensión Peláez y Gildardo Mejía. Para llegar a su casa hay que subir en moto, carro o caminando desde Támesis unos 40 minutos. Luego del caserío se encuentra un portillo y abajo de este, a unos pocos metros, se encuentra una casa campesina blanca y roja rodeada de macetas con flores. Allí vive la familia de Ascensión, conformada por su esposo, su hija, y su nieto. Las habitaciones son grandes y se comunican entre sí; todavía cocinan con leña porque dicen que el gas es muy costoso. Alrededor de la casa tienen sembradas plantas de romero, brevo, yerba buena y penca sábila. Según Ascensión, su esposo Gildardo es “muy torpe para el café, entonces se dedica solo a las vacas”.

En las paredes del corredor de la casa hay estampitas de la virgen y junto a la cocina está una mesa de madera con un mantel de cuadros rojos. Todos los días Ascensión les pone plátano maduro a canarios, azulejos y pequeños loros que llegan, mientras al fondo suena Támesis Estéreo, la emisora que siempre sintonizan en su casa para estar pendientes de las noticias del municipio y a la vez escuchar esas canciones de guasca que tanto les gusta. Gildardo, su esposo, se dedica a ordeñar las vacas de la finca; siempre se levanta muy temprano y se va a ordeñar. Ascensión, por su parte, se queda haciendo los oficios de la casa y esperando a que él lleve la leche para hacer los quesos que hacen parte del sustento diario. Ascensión, con una voz ronca debido a una gripa que apenas está pasando, comenta:

“Nosotros tenemos en estos momentos dos vaquitas, Gildardo es el que se encarga de ellas. Yo me encargo de hacer los quesos, pero ahora la situación está muy difícil porque nos están prohibiendo la venta de los quesos en el pueblo; nos piden muchos requisitos y nosotros no tenemos con qué cumplir con todo eso”.

Por situaciones como esta, según Gildardo, uno de los hermanos de Ascensión decidió que lo mejor era vender su tierra y se la ofreció a “una de esas empresas mineras”, pero no se la quisieron comprar porque “esa tierra no les interesaba”. Ahora

en la familia Mejía Peláez solo existe la certeza de que algo está pasando en el pueblo, pero no saben realmente qué es. Ascensión, mientras cruza sus brazos, recuerda: “Eso allá arribita, donde queda la pinera, era lo más de bonito, y mire como lo acabaron. Antes había unas mangas hermosas, pero ya ni siquiera están. Yo solo recuerdo que aquí hace un tiempo vino una gente y estuvieron allí un momentico, ahí al pie de la carretera, grabando con un avioncito. Una cosa ahí que chilla como un avioncito”.

Las veredas de la parte alta de Támesis, como Río Frío, hacen parte del Distrito de Manejo Integrado (DMI) La Cuchilla Jardín – Támesis, un área protegida por ser considerada una de las más grandes riquezas hídricas del Suroeste, que, a su vez, ha estado en la mira de varias empresas mineras. Actualmente existen tensiones entre las áreas protegidas de pueblos como Támesis y Jericó y las actividades de exploración y explotación minera. Según los Lineamientos de Ordenación Territorial para Antioquia, las superposiciones entre estas áreas protegidas y los títulos mineros “ocurre en 28.403,0 hectáreas, afectando 5,85% del total de áreas protegidas y 3,39% de los títulos mineros otorgados en Antioquia. Esta tensión tiene su mayor expresión espacial en la subregión del Suroeste, ya que, aunque afecta a 16 de las 24 Áreas Protegidas del Departamento, en el Suroeste se encuentran algunas de las que presentan una extensión considerable, encabezadas por el DMI y la Reserva Forestal Protectora (RFP) Farallones del Citará”.

¿Un paisaje bonito?

Al igual que Ascensión y Gildardo, algunos campesinos de Río Frío dicen también estar sufriendo las consecuencias del abandono por parte de la Administración Municipal, esto, sumado a la desterritorialización a causa de los monocultivos de pino y, recientemente, de aguacate.

Los pinos comenzaron a hacer parte del paisaje tamesino. Arriba en Río Frío, vereda que limita también con Jericó, dicen que aproximadamente 19 mil hectáreas

están sembradas con pino pátula; y cuando se camina por la vereda se da cuenta de ello. Gloria recuerda que recién llegada a Támesis le tocó ver cuando los pinos estaban “chiquitos”, y se sorprende con todo lo que ha cambiado ese paisaje que antes estaba destinado a la ganadería o a algún cultivo de café. Para ella, “desde hace muchos años se han venido convirtiendo algunas zonas en pinales. Lo que es muy peligroso porque estos absorben el agua y dejan en un desierto todo, secan el suelo. Los dueños de eso le venden la idea a la gente que eso va a ser en tantos años muy rentable, pero en última instancia el suelo va a ser improductivo”. Uno de los mayores temores de Gloria también ha sido la privatización del agua, cuando habla de este tema sus ojos se abren más y asegura:

“Hay gente que está comprando terreno en las partes altas, porque son justamente esas las ricas en agua, entonces ahí empieza otro problema: el agua ya se va privatizando. Por ejemplo, de un nacimiento pueden tomar tres o cuatro familias campesinas, pero un rico no va a permitir que se le regale agua al de más abajo, ni que vaya cualquiera y se la tome; y si lo hacen es a altos costos”.

A muchos de los que visitan Río Frío les parece bonito y fotogénico el paisaje de los pinos, pero muchos también ignoran lo que puede haber detrás. Hace algunos años se comenzó con el monocultivo de pino entre los límites de Jericó y Támesis. Son extensas hectáreas donde sobresalen los colores verdosos y cafés de cada uno de los pinos, por los cuales solo logra traspasar algún rayo débil de sol. Al transitar por allí se siente un frío intenso. Los pinos están sembrados cerca de los afluentes de Río Frío, es por esto que algunos campesinos dicen que el caudal del río ha disminuido.

El pino que hay sembrado es una especie que no es nativa, que consume mucha agua, pero que no produce humedad, así que sus suelos son secos, no hay insectos, no hay fauna, no se escucha ni un pajarito. Según campesinos de la vereda, la siembra de estos pinos ha sido una forma de "agarrar la tierra", de desterritorializar a las comunidades, de acabar con los cultivos de plátano y café. Ellos coinciden con que el

principal propósito de estos imponentes pinos es abrirle camino a la minería al volver la tierra no apta para la siembra.

El miedo a un color político

El temor a expresar libremente los pensamientos y las posturas siempre ha sido una constante cuando se trata de temas que contienen cargas políticas, económicas y sociales. Las diferencias entre los discursos y prácticas que se han dado con respecto al tema de la minería en Támesis, han provocado también tensiones entre sus mismos habitantes.

Weimar Garzón, un hombre alto y moreno que vive en el corregimiento de San Pablo, dice no entender el “por qué la gente se opone cuando llega una gran empresa minera a dar empleo, sabiendo que ahora estamos casi aguantando hambre”. Él dice apoyar “la minería controlada y responsable” y asegura que “los alcaldes se oponen, por ejemplo, al tema de la minería, pero por debajo del sillín están recibiendo la plata. Entonces, todo mundo solo embolata al campesino. Por eso yo digo, ¡hombre! opongámonos a lo mal hecho y escuchemos antes de llegar a atacar como hacen los ambientalistas aquí. El que pega primero, pega dos veces, y aquí pegó la desinformación”.

Gloria no piensa lo mismo. Para ella cualquier tipo de minería genera daños en el medio ambiente y en las comunidades. Ahora solo lamenta no poder volver a participar tan activamente como lo hacía antes:

“A mí ahora me han limitado mucho participar de lleno en esas organizaciones contra la minería la distancia y mi salud. A mí me llega todo al WhatsApp. Que hay un encuentro, que hay que ir a Jericó, que nos vamos a reunir, que para planear esto o aquello... pero por la lejanía y mi problema de artrosis, yo no he podido volver a estar tan cerca.” —Gloria baja el tono de voz y agrega: “También yo me he desligado

mucho de participar ahora es porque me he desgastado toda mi vida y no he visto cosas muy concretas, no para mí, sino para mi comunidad. Travesías es una de las veredas más lejanas de Támesis, y ha sido muy abandonada en la mayoría de administraciones porque nos marca un color político y es visible, aunque digan que no”.

Uno de los mayores miedos de Gloria en este momento es que la discriminen porque piensen que tiene determinado “color político”. El tono de su voz baja cada vez que menciona algo sobre esto y siempre tiene cuidado de que no la estén escuchando:

“Yo me he ido alejando un poco del movimiento contra la minería porque siempre me da temor por mi cuestión laboral, y además porque estoy pensionada en cualquier momento empiezan a hacer presión para que me retire y yo necesito seguir trabajando. Así hicieron con una compañera llamada Margarita. A ella le cambiaron mucho su lugar de trabajo. Ella traía ropa y con eso se subsidiaban cosas de la escuela, junto con la rectora que había en ese tiempo; pero cuando se fue esa rectora, llegó otra, y ahí empezaron a mover y a mover a Margarita, ¿y qué tuvo que hacer ella este año? Renunciar. Y yo no puedo renunciar. Esas son las cosas que a mí me dan temor, y también me da mucho pesar no volverlos a acompañar porque igual a mí eso me encanta”.

El miedo se instaló en la cotidianidad de Gloria Piedad. Ahora se cuida más cuando habla sobre ciertos temas, ya no confía con mucha facilidad, y aprendió a estar más pendiente de quiénes están a su alrededor. Hoy, desde su escuela, solo quiere seguir enseñándoles a sus niños a cuidar y defender su vereda.

Ya va anocheciendo en Travesías. El frío y la humedad se agudizan. Los caminos se vuelven aún más pantanosos en el invierno de mayo. Los cocuyos comienzan a alumbrar intermitentemente y los grillos a dar serenatas. Se empiezan a

encender las luces de las casas más cercanas y a lo lejos también se ven algunos bombillitos encendidos que resaltan en las montañas del Suroeste.

La noche comienza, Gloria se acerca a ver las fotografías enmarcadas de los balcones coloridos de Támesis, las mismas que dice no sacar de su habitación porque el sol que “pega” en la tarde en el corredor de la casa les puede dañar el color. El viento sopla fuerte, moviendo las matas de plátano. Dentro de la casa, en el comedor, hay unos frascos de café destapados y unas velas que indican que ya fueron prendidas. Gloria sale al exterior de su casa, y mientras espera la llegada de su esposo del trabajo, afirma: “Yo no soy tamesina, pero ya llevo como 26 años de estar acá. Este es mi territorio, aquí tengo lo que quiero: a mi esposo, a mis hijos, aquí llegué y aquí me quedo. Yo no me visualizo en ningún otro sitio. Todo esto es lo que yo vivo desde ser una persona común y corriente en el territorio”. Estas son las últimas palabras que pronuncia sobre el tema, a la vez que cierra las ventanas de su casa, tras caer las primeras gotas de lluvia.

Herman

—“Hombre, Herman. ¿Usted no sabía que los mineros se van a apoderar de todo esto?”

Herman Vergara no recuerda exactamente cuál de sus vecinos le dejó sembrada esa inquietud, pero sí es lo primero que se le viene a la mente cuando le preguntan cómo empezó a preocuparse por la minería en Támesis.

—“Todo esto es para explotación minera. Toda esta parte. De hecho, ya comenzaron a hacer trabajos en la parte alta de Río Frío. Hay mucha gente que ha estado trabajando allá, incluso familiares de nosotros y vecinos”.

Esa conversación entre vecinos se fue convirtiendo en una advertencia que propició una lucha contra lo que comenzaba a considerar como una amenaza para su territorio. Herman, inicialmente sin proponérselo, se convirtió en un personaje representativo en esa lucha contra la minería.

Herman es el menor de tres hermanos. Nació en Támesis en 1953 y toda su infancia y parte de su juventud la pasó en el pueblo. En 1988 decidió irse a trabajar al Nordeste de Antioquia; allí vivió aproximadamente 20 años y trabajó como docente de formación humanística y ambiental en el Sena. Durante ese tiempo se estuvo desplazando por Cisneros, Santo Domingo, San Roque, Vegachí y Yolombó; municipios en su mayoría mineros.

Esa cercanía con las dinámicas de los territorios mineros a partir de su trabajo en el Nordeste, donde predomina la minería informal, según él, le sirvió para crear una mayor sensibilidad frente al tema:

“Cuando estuve vinculado con el Sena me encargaba de la parte social de la gente que trabajaba en las minas. Siempre me cuestionaba mucho el desorden de los mineros, la forma cómo han trabajado las minas. Me indignaba mucho, por ejemplo, ir a ciertas veredas donde me encontraba a mineros con una manguera de tres o cuatro pulgadas que se la tiraban a la montaña y por eso el río bajaba completamente oscuro. Me sentía muy mal con esa situación. Yo pude vivir en el Nordeste el tema minero muy de cerca. Lo pude palpar”.

A mediados del 2010 y luego de pensionarse como docente, Herman regresó con su familia a Támesis, su tierra natal. Se instalaron en una finca, la misma donde viven ahora, ubicada en Río Frío, una de las veredas de la parte alta de Támesis que está a unos seis kilómetros de la cabecera municipal. El frío se acentúa más allí y el olor a leña que sale de algunas de las casas que se alcanzan a ver en las montañas se esparce por la única carretera estrecha y polvorienta que comunica a la vereda con el casco urbano del pueblo y con las partidas hacia Jardín y Jericó.

La casa de Herman queda después de pasar uno de los primeros enriellados que hay en el camino hacia la vereda. La entrada está precedida por un caminito empinado y una reja grande. Lo primero que se ve al llegar es una bandera blanca con letras verdes donde se lee “*Sí al agua*”, la misma bandera que es común encontrar en muchas casas y negocios del pueblo. Detrás de unas chambranas de madera, justo en la puerta principal, está pegado con cinta un calendario de 2018 en el que sobresale la frase que es casi un lema en ese lugar: “*El agua es vida, no mercancía*”.

Unas escaleras conducen al segundo piso, en uno de los cuartos que llevan hacia el balcón hay una biblioteca mediana y un mapamundi en relieve colgado en la

pared. Allí Herman se sienta en un banquito de madera, le pide dos tintos a Beatriz, su esposa, y recuerda:

“Cuando yo llegué de nuevo a Támara, luego de haber ejercido mi trabajo en el Nordeste, me instalé en la finca. La idea mía era ocuparme solo de las labores de la finca, pero, en algún momento yo veo sobrevolar sobre el territorio una cantidad de helicópteros y, pues, para mí eso era novedoso, no sabía qué pasaba, porque hasta ese momento nadie me había comentado nada al respecto. Los helicópteros se veían bastante bajos, tanto, que incluso los perros empezaban a ladrarles. Eso, en cierto modo, me indignó mucho”.

Desde el 2008 aproximadamente, el sobrevuelo de helicópteros y la presencia de personas desconocidas para la gente de Támara fueron alimentando los rumores de que algo pasaba, de que empresas mineras como Solvista Gold Corporation y AngloGold Ashanti estaban llegando al Suroeste.

Notar la presencia de estas personas no era difícil para quienes eran de allí, a veces llegaban preguntando a los “mototaxis” por lugares determinados del pueblo, otras veces iban directamente donde los campesinos y les pedían permiso para acceder a sus tierras y tomar muestras para “estudios”. Para Herman, una de las cosas más “indignantes” era las estrategias que usaban para acceder a sus predios:

“Esa gente utilizaba hasta mentiras. Iban donde los campesinos y les decían: “vean, déjenos entrar por esta cañada hacia arriba que si de pronto aparece y hay orito usted participa ahí, a usted le toca alguna parte”. Pero eran puras mentiras que ellos manejaban para que los campesinos los dejaran entrar”.

Beatriz llega con los tintos. Sus pasos se escuchan más fuertes por las botas que lleva puestas. Ella se encarga de las gallinas de la finca mientras que Herman es el que ordeña las cabras. Llevan 20 años juntos, tienen un hijo de 8 años y todavía se tratan de “mor”. Conversar con Herman no es tarea fácil. Se ve que está cansado de

que estudiantes y periodistas lo busquen para complementar algún trabajo o utilizarlo como una fuente más. Y es que su compromiso y resistencia contra la minería en Támesis ha hecho que su nombre sea conocido en todo el pueblo e incluso en otros lugares como referente de ese proceso de resistencia.

La sonrisa de Herman apenas y aparece espontáneamente. Lleva puesta una camisa de rayas, un jean azul y unas botas de caucho. Su piel es morena y sus ojos son almendrados. Cuando habla de Támesis se nota cierto tono de orgullo en su voz. En 2010, cuando se instaló en su finca en Río Frío y se encontró con las advertencias de algunos de sus vecinos, comenzó lo que para él sería casi una metamorfosis.

Un líder de bajo perfil, ¿o no?

Herman se levanta un momento y trae de su biblioteca el mapamundi en relieve que está colgado en la pared. Con sus dedos va señalando el famoso Cinturón de Oro de Colombia mientras habla de las zonas más amenazadas y de cómo él, un hombre pensionado que solo quería dedicarse a las labores del campo, terminó involucrándose en la lucha por la defensa de los recursos naturales de Támesis.

Aunque a Herman le gusta tener un bajo perfil, cuando se trata de un tema con tantas aristas como la minería, le resulta difícil lograrlo:

“Este liderazgo que comencé a ejercer fue algo muy espontáneo porque incluso nunca me lo propuse. A mí me gusta mucho manejar ese bajo perfil, pero infortunadamente hay veces que eso no se puede”

Con la seriedad que lo caracteriza, Herman afirma que todo ha ido surgiendo a partir de los mismos movimientos sociales que se fueron dando en el pueblo:

“Yo empiezo a enterarme que en la parte alta estaban tomando muestras, estaban en la etapa de exploración, que se habían hecho ya socavones y que en realidad mucha gente de aquí de la región estaba trabajando ahí. En una ocasión me invitaron al primer Foro Social Minero que se iba a realizar en Jericó y así fue como en junio de 2011 fui a participar de él. Ahí se plantearon varias cosas, hubo ponencias de la empresa que hoy se llama AngloGold Ashanti. Recuerdo que en ese foro se planteó, y escuché por primera vez que este territorio arranca desde Marmato, que es una cordillera, y va a morir en Tarso, en Peñalisa y que este Cinturón de Oro, que es la confluencia entre el río Cauca y el río San Juan, está prácticamente concesionado a las empresas mineras”.

Al finalizar ese primer foro minero, se reunieron en “La Terraza” de Jericó -un lugar en el parque principal donde se concentran bares, restaurantes y cafeterías- las personas más interesadas en el debate sobre la llegada de la minería a algunos municipios del Suroeste. Fue ahí cuando, según Herman, llegaron a la conclusión de que el problema no era solamente de Jericó sino de todos los municipios del Suroeste. ¿Qué podían hacer? Esa fue la pregunta que se propusieron responder para el siguiente foro minero que se realizaría en julio de 2011 en la iglesia del corregimiento de San Pablo, en Támesis.

Para sorpresa de muchos, al foro asistió más gente de la que esperaban. Corantioquia, Secretaría de Minas, AngloGold Ashanti y Solvista Gold Corporation, una empresa minera instalada en Caramanta, también hicieron presencia. “De parte nuestra habíamos invitado a un líder de Santander, del Páramo del Almorzadero, también invitamos a un geólogo social llamado Julio Fierro. Con ellos se armó el debate. Indudablemente fue la confrontación entre dos bandos: el bando de la institucionalidad, que estaba a un lado, y el bando de nosotros como comunidad”, recuerda Herman.

El domingo Al día siguiente del foro realizado en San Pablo, un domingo de 2011, se reunieron de nuevo las personas más interesadas en proponer acciones para rechazar la entrada de multinacionales mineras a pueblos como Jericó y Támesis. Las discusiones comenzaron ese día desde temprano, la reunión tuvo lugar en un salón que les prestaron en Támesis, el debate se nutrió de las preguntas y respuestas que cada uno compartió sobre qué hacer para defender al pueblo de cualquier incursión minera. Fue ahí que le dieron nombre a lo que para ellos sería el surgimiento de un movimiento regional: el Cinturón Occidental Ambiental, más conocido como COA.

El inicio no fue fácil, no tenían un lugar fijo donde reunirse y apenas comenzaba el reto de informar y concientizar a las comunidades locales, así como de unirse independientemente de las diferencias políticas, económicas y religiosas. Sin embargo, para Herman contaban con una de las herramientas más importantes: las ganas. El COA comenzó a reunir gente de pueblos como Caramanta, Jericó, Jardín, Pueblo Rico y Támesis, a la vez que se comenzaban a articular con diferentes organizaciones campesinas, indígenas y ambientales. Herman fue uno de los participantes que más se apropió de ese movimiento que apenas estaba surgiendo. Ese señor que casi siempre lleva sombrero, que vende truchas y que algunos tamesinos consideran “mala clase” porque a veces frunce el ceño y habla poco, emprendió su propia transformación como sujeto político.

Las rutinas comenzaron a cambiar para Herman. La finca ya no era su única ocupación. Ahora debía dividirse entre las labores del campo y las reuniones en el pueblo. A las 5:30 a.m. comienza su día, hace media hora de ejercicio en una bicicleta estática que tiene en el balcón de su casa, se baña y se comienza a encargar de algunas tareas de la finca: a las 9 a.m. ordeña las cabras y revisa los estanques donde están las 400 truchas que hay en la finca. De las casi 50 gallinas que tienen se encarga Beatriz. Los dos quieren montar en un futuro una granja con animales y cultivos.

Todos los martes Herman baja al pueblo. A las 3:00 p.m. son las reuniones de Codeate, el Comité para la Defensa Ambiental del Territorio que decidieron crear algunas personas de Támesis a finales de agosto de 2011 y que, a su vez, articularon con el COA. Las reuniones son, por lo general, en el Parque Educativo de Támesis y comienzan cuando han llegado mínimo unas cuatro o cinco personas, aunque no siempre la asistencia es buena. Las decisiones las toman por consensos y, a veces, cuando los compromisos no permiten el encuentro presencial de los integrantes, lo hacen de manera virtual.

La fase exploratoria que, desde el 2008 aproximadamente, llegó a hacer AngloGold Ashanti a Támesis alteró la cotidianidad de la gente, sobre todo de aquellos que se negaban a aceptar la entrada de una empresa transnacional a explotar un territorio cuya vocación del suelo nunca ha sido la minería. Si bien la explotación de los recursos naturales es la que más preocupa a las comunidades, la exploración que hacen las empresas mineras para identificar las zonas donde se encuentran los yacimientos de minerales, también tiene repercusiones en el medio ambiente: durante la fase de exploración minera, que puede durar varios años, realizan actividades como la construcción de pozos y túneles exploratorios, de vías de acceso, de campamentos, helipuertos, entre otros; así como también involucra la tala de árboles, el uso del agua y la generación de residuos tóxicos en las fuentes hídricas.

Por esto, como una manera de proteger su territorio, comenzaron a surgir y a fortalecerse otras agrupaciones como la Corporación de Caminantes (ACATA), el Circuito Económico y Solidario de Támesis (Cesta), la Asociación de Familias Campesinas por un Campo Mejor, los Acueductos Comunitarios y algunas Juntas de Acción Comunal, conformadas por campesinos y habitantes del área urbana del pueblo; esto con el fin reforzar la identidad de los tamesinos y de demostrar que su economía nunca ha necesitado de la “locomotora minera”, nombre que le dio el

gobierno de Juan Manuel Santos al declarar a la minería y al sector energético como una de las cinco “locomotoras” del desarrollo económico del país.

Herman y su esposa Beatriz también hacen parte de Cesta. Los domingos van desde la vereda hasta el parque principal del pueblo a vender los productos cosechados en la finca. Como ellos, son muchas las familias vinculadas a esta organización que tiene como objetivo fomentar las oportunidades económicas populares entre productores, comercializadores y consumidores. Los tamesinos, por medio de movilizaciones sociales, acciones pacíficas y agrupaciones, han logrado que su resistencia contra agentes externos que quieren cambiar la cotidianidad y las dinámicas de su territorio sea visible.

No a la minería, ¿o no a la minería en Támesis?

Mientras que, en municipios como Piedras y Cajamarca en el Tolima, Tauramena y Monterrey en Casanare y San Lorenzo en Nariño, se han utilizado las consultas populares para intentar detener la entrada de la minería a sus territorios, en la subregión del Suroeste de Antioquia han optado como “tabla de salvación” por los acuerdos de los concejos municipales que prohíben las actividades mineras y declaran la totalidad de los territorios como zonas de protección especial; sin embargo, estos acuerdos aún no han podido frenar definitivamente los tentáculos de la locomotora minera.

En el caso de Támesis, el Acuerdo 003 de 2017 se creyó que podía ser una alternativa para frenar la minería, con él se reivindicaba la autonomía territorial que tienen los municipios para decidir sobre las formas de desarrollo y la conservación del patrimonio ambiental, económico y cultural. Sin embargo, por medio de la Sentencia 009 del 16 de febrero de 2018, el Tribunal Administrativo de Antioquia declaró nula esta norma, ya que según este órgano “regula asuntos que requieren de

la concurrencia de otras autoridades, desbordando la atribución que le confiere la Ley 388 de 1997 frente a la determinación de los usos del suelo y las zonas protegidas dentro del plan de ordenamiento territorial”. Aunque los concejales de Támesis presentaron en septiembre de 2018 una acción de tutela ante el Consejo de Estado con el fin de hacer valer su decisión hasta el momento esta instancia no se ha pronunciado al respecto, por lo que el acuerdo sigue demandado.

El ejemplo más cercano que tienen los tamesinos de cómo la minería transforma el paisaje y altera el modo de vida de las comunidades es Marmato, Caldas.

“Yo conozco Marmato. En ese pueblo hay mucha violencia. Es que eso es lo que la minería trae. Allá solo hay minas, eso allá es muy horrible. Los hermanos míos que trabajan allá en Marmato, a cada rato dicen que eso explota, esos gases son muy peligrosos. Por ejemplo, cuando eso lo dejan solo y luego por la mañana cuando entran muchos trabajadores mueren allá porque esos gases quedan allá atrapados”, dice Lucelly Ángel García, habitante de la vereda Travesías.

Aunque los integrantes del COA y de Codeate se oponen firmemente a la minería en municipios como Jericó y Támesis, según Herman, cuando se aborda la minería en general, hay diversas posturas dentro del movimiento:

“Primero hay que tener en cuenta que hay varios tipos de minería. Está la minería de subsistencia, que es la minería ancestral, una minería que no causa ningún impacto de tipo ambiental. Está la minería que el Estado llama la ilegal, que es una minería altamente contaminante y obviamente nosotros no la compartimos; pero hay momentos en los cuales como movimiento hay que llegar a acuerdos con ellos para hacer resistencia contra las transnacionales, porque consideramos que la más dañina es indudablemente la minería transnacional. Y obviamente la que más nos preocupa es la minería extractivista. Sin embargo, hay momentos en los cuales tenemos que

entrar a negociar o llegar a acuerdos con la minería de tipo ilegal. Respetamos, por ejemplo, la minería que se hace en Marmato. No compartimos ese tipo de minería, pero en aras de hacerle resistencia a las transnacionales pues preferimos que estén los mineros de Marmato trabajando a que esté la empresa transnacional”.

Sergio Ruíz, uno de los concejales de Támesis que ha participado más activamente contra la llegada de la minería al municipio, dice con voz firme y convencido: “Es muy romántico uno decir que no a la minería, que no necesitamos de la minería. No, yo pienso que hay zonas del país donde podrá ser más fácil, pero desde el tema social porque históricamente han hecho minería. Acá es muy complejo, acá no se va a permitir”.

Pero entonces, ¿qué tiene de particular Támesis que lo hace distinto a otros municipios? El área que representa Támesis en el Distrito de Manejo Integrado, una zona protegida por ser considerada como una de las estrellas hidrográficas más importantes del Suroeste, es de un 36% después de Jardín -que es el municipio que tiene el mayor porcentaje con un 46%-. Los tamesinos se enorgullecen abiertamente de sus montañas y, sobre todo, de la riqueza hídrica que poseen.

En el lado oriental de la Cordillera Occidental es donde nacen los ríos y las quebradas de Támesis, según el Plan de Desarrollo Municipal 2016 – 2019, esta cordillera está conformada por la cuenca Occidental del río Cartama, la cual presenta, a su vez, seis cuencas destacadas: Río Frío, San Antonio, Conde, Río Claro, las quebradas La Mica y La Virgen, y la microcuenca de la quebrada La Peinada. Esta riqueza hídrica, sumada a los tres pisos térmicos que posee el municipio, a que el uso del suelo ha sido tradicionalmente agrícola y pecuario, y al inventario donde, según el Plan de Desarrollo Municipal, hay 93 rocas que contienen 613 petroglifos que hoy son reconocidos como patrimonio arqueológico, hace que históricamente la gente de Támesis no haya necesitado de la minería para subsistir.

Ambientalista, sí. ¿Y actor político?, “obvio”

Igual que con la minería, en el Suroeste se han presentado conflictos socioambientales asociados con los monocultivos de pino, de café y de cítricos. Uno de los argumentos que se tiene para rechazar la minería es el deterioro del medio ambiente; sin embargo, este tipo de monocultivos también se ha señalado que deterioran la tierra y consumen mucha agua.

“El tema con el monocultivo de pino, por ejemplo, es muy delicado. Todos sabemos que el pino por sus características y condiciones consume mucha agua. Nosotros como administración podemos regular el milaje por el cual se cobra el impuesto. No podemos prohibir la siembra, pero sí podemos desestimularla. ¿Y cómo lo hacemos? Poniendo el impuesto más caro. Entonces, por ejemplo, cada cuadra sembrada en pino tiene que pagar sobre el 16 por mil”, dice Sergio Ruíz, con un tono orgulloso.

Otro monocultivo que también consume grandes cantidades de agua es el de café. El tipo de café que se cultiva en Támeis es sin sombra, por lo que se deben utilizar grandes dosis de pesticidas y fertilizantes. Según el artículo *En Colombia, el café cultivado bajo sombra sostiene tanto a las aves como a las personas*, publicado en 2016 por Gustave Axelson, director editorial del Laboratorio de Ornitología de Cornell, “los cafés cultivados sin sombra ofrecieron la esperanza de mejores rendimientos y resistencia a las enfermedades, pero hubo costos por esta conversión. El café sin sombra requiere a menudo la extracción de árboles de laderas escarpadas, causando erosión, escorrentía de agua contaminada y deslizamientos de tierra”.

Aunque Herman reconoce que los monocultivos de café, cítricos y aguacate deterioran el medio ambiente, la minería sigue siendo su principal preocupación. “Indudablemente el monocultivo de café también tiene sus riesgos por el tema de los

agroquímicos; sin embargo, el café, siendo un monocultivo, pues mínimamente hay una cantidad de gente que se favorece económicamente, además de que también está la combinación de otros cultivos de ‘pancoger’ en el intermedio: plátano, yuca, aguacate... Una cantidad de cosas que el campesino aprovecha para su subsistencia y para la comercialización. Por eso considero tan importantes las pequeñas economías, porque ahí se combina de todo: al café le combinan árboles frutales, maíz, fríjol, yuca, aguacate. Entonces eso mitiga más el tema del uso de los agroquímicos”.

Cuando se llega la hora de hablar de ambientalismo, Herman se queda un momento en silencio. Él se considera ambientalista en la ‘práctica’:

“El calificativo más que todo lo ha dado es la gente. Al mirar como ciertas causas en términos del deterioro ambiental, el caso de las actividades extractivistas y todo lo que se va dando, uno sin pensarlo va apareciendo con un rol social. Sin uno proponérselo. Yo no me lo proponía, pero la gente con el tiempo ha ido diciendo que estoy llevando una causa ambientalista”, dice con cierta mesura.

“Dime qué lees y te diré quién eres”, es una frase famosa que se le atribuye Federico García Lorca y la biblioteca que Herman Vergara tiene en su casa quizá habla más de lo que él quisiera. “Yo creo que necesito un año para dedicarme a organizar todos los libros que tengo”, dice Herman cuando nota que mi mirada apunta hacia su biblioteca.

Hay una bandera de Cuba colgada en la parte superior de la estantería y libros sobre educación popular, defensores de derechos humanos, líderes comunales y protección del medio ambiente. Al fondo, en la pared que da al balcón, hay un cuadro colgado con *El último discurso de Charles Chaplin*, extraído de su película *El gran Dictador*, de 1940.

Herman no es el más parlanchín cuando se aborda el tema de la política. Sus gestos reflejan cierta discreción y hermetismo. Él dice “sacarle el cuerpo” cuando le preguntan en el pueblo por qué no se lanza a la política. No habla mucho sobre sus afinidades e ideologías políticas. Solo asegura no ser simpatizante de ningún partido político actual, aunque dice que ahora en Codeate están pensando en sacar una lista para el Concejo.

Desde el balcón de su casa se ven algunas de las grandes montañas que caracterizan al Suroeste. Al caer la tarde se intensifican un poco los sonidos de los animales que tienen en la finca, incluidos los grillos. Es un buen momento para hablar de política:

—*¿Ni de izquierda ni de derecha?*

—“Pues, uno que trabaja la parte social se inclina es a la izquierda. Es difícil usted encontrar una persona en la parte social que no tenga cierta afinidad con la izquierda. A no ser que sea manipulado por los partidos tradicionales”.

—*¿Se considera entonces militante de izquierda?*

Hay un silencio y luego responde: —“No. En estos momentos no he encontrado el movimiento o partido que colme mis expectativas. A veces los grupos de izquierda se enredan mucho en discusiones internas”.

—*¿Considera entonces que lo que lleva haciendo desde el 2010, cuando se vinculó a los movimientos contra la minería, es un ejercicio político?*

—“Obvio” —responde.

A Herman la minería no solo le cambió la rutina, lo expuso a las miradas de la gente y lo previno ante las preguntas de periodistas y de extraños que llegaban al pueblo, para ese señor de 66 años, de piel morena, ojos grandes y pelo canoso, su

participación en los movimientos que comenzaron a surgir en el pueblo contra las actividades mineras le ha dejado ‘la satisfacción y la conciencia tranquila’ de saber que está haciendo el trabajo que quiere y que debe hacer.

Rodrigo

Las personas de Támesis tenemos identidad, pertenencia, arraigo, propiedad; por eso es que uno podría decir que hay tanta resistencia frente a fenómenos como el de la mega minería. Nuestro municipio viene apostándole como comunidad a un tema de desarrollo desde lo sostenible y lo sustentable, junto a la armonía con el ambiente y con el territorio y, obviamente, con lo social. Yo pienso que Támesis es un municipio en el que, afortunadamente, todavía tenemos las características de pueblo, todavía contamos con esa riqueza maravillosa de la confianza entre las personas de pensar que aquí podemos seguir viviendo de una forma muy armónica.

Támesis es un municipio privilegiado por la naturaleza, por la ubicación geográfica, por las características topográficas y por la riqueza hídrica. Tenemos cinco cuencas hídricas principales: el Río Frío, el Cartama, el San Antonio, el Río Claro y el Conde y también hay innumerables pequeñas quebradas. Todo esto, sumado a un excelente clima y a esta topografía, ha posibilitado tener todas las condiciones, desde suelos muy cálidos a orillas del Cauca hasta la sensación de semi páramo al estar a 3.200 metros sobre el nivel del mar. Somos privilegiados.

Así describe a Támesis Rodrigo Echeverri. Lo hace sin ahorrarse adjetivos y exaltaciones. Ahora tiene 38 años, pero en sus vacaciones de niño exploraba junto a sus amigos las montañas, los charcos, las fincas, los trapiches. Eso no ha cambiado mucho. Sigue recorriendo el municipio en el que nació y en el que, años después, creó

Ecocartama, una empresa de turismo ecológico que busca aprovechar los recursos naturales que tiene Támesis, promocionando las actividades ecológicas y de aventura que se pueden realizar en el territorio.

Rodrigo nació el 25 de septiembre de 1971. Después de pasar toda su niñez y juventud en Támesis, decidió irse a estudiar a Medellín. En 1992, se graduó de Educación Física en el Politécnico Jaime Isaza Cadavid:

“Después de graduarme, me enfaticé mucho por el tema de las terapias, pero luego me devolví para Támesis a trabajar en el sector público. De 1997 hasta el 2000, fui el director de Extensión Cultural. Un año antes, en 1996, había salido la Ley 300 de turismo y fue después de eso que los entes territoriales comenzamos a hablar de turismo como una actividad económica ya regulada y legislada; así que empezamos a promocionar desde la Casa de la Cultura las ferias ganaderas, los petroglifos y el senderismo.”

Un fortín para el turismo

Después de pertenecer al grupo de danzas del pueblo, a la banda de música, al grupo de socorristas, al equipo de voleibol -su deporte favorito- y de trabajar en la Casa de la Cultura, Rodrigo se unió a una red de emprendimiento —hoy llamada Cultura E— que llegó a Támesis en el 2004. Allí comenzó a desarrollar la idea de una empresa, que más adelante se convertiría en una alternativa económica que busca potenciar el reconocimiento de Támesis como un municipio “que tiene con qué oponerse a la minería”:

“En la primera reunión de la Red de Emprendimiento había 95 personas de Támesis, pero ya como a la cuarta o quinta reunión éramos 30; cada vez quedaba menos gente, hasta que la única propuesta que terminó fue la de turismo”, recuerda Rodrigo.

Después, otras personas se sumaron al proyecto y así surgió Ecocartama. La primera tarea consistió en crear los estatutos y expedir el Registro Nacional de Turismo. Él mismo participó de varias giras en Colombia y en otros países en las que conoció experiencias de turismo de naturaleza en Santander, Huila, Chocó, y también en Perú y Ecuador. Se preguntaba qué hacían, cómo lo hacían, dónde lo hacían y quiénes lo hacían.

“Ahí fue donde me di cuenta de que yo estaba en el lugar que era. Esta región del Suroeste tiene las montañas, el clima, la topografía, todas las condiciones naturales para disfrutar de ella; entonces empecé a contactar a gente con experiencia en cuerdas en Antioquia y así fui construyendo mi propia empresa de turismo”, dice Rodrigo.

Cuando llegó el momento de la etapa de inversión, según Rodrigo, muchos de sus socios, por diversas razones, no quisieron continuar. La empresa siguió en manos de él, convirtiéndose así en su proyecto de vida. “Ecocartama nace de conocer el territorio” son las palabras con las que Rodrigo inicia cuando se le pregunta por el surgimiento de su empresa.

Por Ecocartama han pasado aproximadamente 37 personas, la mayoría han sido muchachos de Támesis que estudian en el colegio y trabajan los fines de semana. Actualmente hay casi diez personas en la empresa, no todos son vinculados, casi siempre son contrataciones por evento, les pagan el día de servicio y les cubren los seguros y los refrigerios en los recorridos. El portafolio de actividades va desde rappel y escalada, descenso en neumático hasta el río Cauca, torrentismo y visita a las cavernas de San Antonio, hasta la ruta de los petroglifos, las flores o el café. Cada una de estas actividades tiene entre cuatro y ocho horas de duración y su precio depende de la cantidad de personas que se inscriban, hay paquetes desde 30 mil hasta 150 mil pesos.

La sede de Ecocartama está ubicada en una de esas casas grandes típicas de pueblo, tiene un antejardín rodeado de rejas blancas y un pasillo largo que conduce a

la puerta principal. Al entrar, a la izquierda, está la oficina de Rodrigo. Es un salón grande con cuadros colgados en la pared de personas haciendo rappel y torrentismo, también hay fotografías de la cascada La Peinada y de otros lugares que ofrece a los turistas conocer. En esta misma casa vive Rodrigo; su esposa y sus dos hijos, Jerónimo de diez años y María Antonia de cuatro, viven en Medellín, pero en todas las vacaciones viajan a Támesis a visitar a su papá. Si algo tiene claro Rodrigo es que quiere vivir y seguir viviendo del turismo en su pueblo natal:

“Yo entendí que el turismo es una economía impresionante, pero que también puede ser el gran enemigo de nosotros. Mi objetivo nunca ha sido popularizar Támesis, sino promocionar lo que usted puede hacer en Támesis. Lo que hace el turismo es visibilizar y sacar a la gente a que suba la montaña y empiece a ver el paisaje de una forma diferente, no simplemente desde el parque del pueblo. Todo eso es lo que empieza a generar arraigo, identidad, pertenencia, reconocimiento y un tema de apropiación profundo. El turismo nuestro no es el turismo urbano, nosotros lo que hacemos es que la misma gente del pueblo empiece a salir y hacer que la gente externa empiece a reconocer lo que tenemos, eso genera que Támesis tenga un valor mucho más grande que la minería”.

Las montañas, las cascadas, los caminos de herradura, el café y el aire puro que se respira en Támesis se volvieron el fortín de un emprendimiento que se quiso ir posicionando como una alternativa económica y turística para mostrar por qué en Támesis hay algunos que no quieren que se haga minería.

Ecoturismo, ¿una alternativa para atacar la minería?

“Nosotros no decimos el cuento de “no a la minería”, nosotros decimos, es que aquí es impensable hacer minería por las características y las condiciones que tiene este territorio. Que se haga minería en un desierto, en zonas improductivas o donde

no hay el recurso hídrico, de agua potable -dice Rodrigo-. Uno no vería mayores afectaciones. Pero no aquí. El agua de Támesis tiene una característica diferente a otras regiones: brota en todo el territorio y atraviesa todas las veredas. Las aguas que nacen en Támesis naturalmente ya son potables”.

La economía en Támesis va desde el café y los cítricos hasta la ganadería y la piscicultura. El turismo, inicialmente, fue una actividad no muy explorada en el municipio. Sin embargo, la riqueza hídrica y natural y el arte rupestre fueron algunos de los atributos que hicieron que algunas personas de la comunidad comenzaran a visibilizar a Támesis como un territorio con mucho por explorar. El sutil crecimiento del ecoturismo parece haber sucedido mientras el rechazo a la minería empezó a tomar forma en el municipio; una coincidencia que puede tener diversas explicaciones. Una de ellas es que los nacientes emprendimientos o empresas turísticas se hicieran más visibles cuando en Támesis se rechazó públicamente a la minería y el territorio empezara a ser atractivo para algunos curiosos. También que los servicios que el ecoturismo ofrecía se basaban en mostrar la riqueza natural del pueblo y las diferentes actividades que se podían hacer en él, evidenciando que tal vez Támesis no necesita de la minería para vivir.

El turismo ecológico o ecoturismo ha tomado fuerza en Colombia desde hace algunos años, como una actividad económica que busca un aprovechamiento de los recursos naturales de un territorio, teniendo como principio la sostenibilidad y la preservación de dichos recursos y buscando mitigar los impactos negativos del modelo de turismo convencional. Sin embargo, este tipo de turismo también encierra diferentes opiniones: para unos es una forma de hacer un turismo responsable centrado en el cuidado y en la importancia de la naturaleza, pero, para otros, este significa un riesgo para la conservación de la biodiversidad de una región.

“Somos un destino de naturaleza, arqueología y bienestar” son algunas de las palabras introductorias a la hora de realizar cualquier recorrido o actividad de aventura

ofrecido por Ecocartama. Para Rodrigo, el tipo de turismo que él hace está en ‘contravía’ frente a la minería porque sus intereses frente al territorio se contraponen:

“Primero, lo que nosotros estamos haciendo es darle un valor y un aprovechamiento a los recursos naturales que tenemos. Segundo, estamos llevando a los turistas y a las personas del mismo pueblo a la ruralidad y lo que quiere hacer la minería es sacarnos de ella para poder hacer sus desastres y que nadie diga nada”.

Rodrigo afirma que actualmente existe ese “choque de intereses”, entre los que pretenden sacar a la comunidad de lo rural y los que, por el contrario, quieren “darle vida y valor al campo”. Ecocartama, cuenta Rodrigo, ha buscado lo segundo aprovechando a su vez el interés y la curiosidad que despertaron los movimientos de resistencia contra la minería en Támesis en personas de diferentes lugares del país: “He tenido grupos que han querido venir a Támesis simplemente por conocer qué raro hay aquí que es uno de los municipios que más resistencia está haciendo a la minería, vienen a conocer qué es lo que está pasando”.

Rodrigo cuenta que cuando inician los recorridos les explican a los participantes el fenómeno de la bruma, cómo se produce el agua y se condensa, cómo son sus ciclos y la importancia del bosque de niebla que caracteriza el paisaje de Támesis:

“Nosotros casi que les decimos a los turistas: “vea en Medellín hay museos y los museos son como cuando las cosas van desapareciendo, cuando ya se vuelven escasas, aquí todavía, afortunadamente, tenemos la fábrica”. La gente de una vez genera un impacto de choque frente a que eso hay que cuidarlo, eso hay que protegerlo”.

Sin embargo, no siempre el turismo ha ido en contravía con la minería; este también ha sido utilizado por empresas mineras para darle valor a sus actividades y, a veces, con intereses muy distintos a los de las comunidades. En algunas regiones de

Colombia, por ejemplo, las empresas mineras han tratado de convertirse en un “fortín turístico”, como es el caso del proyecto Cerrejón en La Guajira. Esta empresa explota carbón a cielo abierto y hasta el 2034 no iniciarán el cierre de sus operaciones. Cerrejón ha utilizado la minería de carbón para crear estrategias turísticas: “*Vive la experiencia de ser un minero*”, así nombran una de las actividades que promocionan por su página, prometiendo vivir un “emocionante recorrido, acompañado de expertos en la extracción de carbón”. Las tarifas van desde 5 mil pesos para menores de 12 años y 16 mil pesos para turistas, hasta 200 mil pesos para colegios y universidades. También, entre los argumentos de algunos “proyectos de desarrollo” como las represas, ha estado el lograr incentivar aún más el turismo en diferentes regiones.

A pesar de las alusiones del Cerrejón en sus discursos a la responsabilidad social y el desarrollo sostenible, persisten conflictos asociados con el daño ambiental, la contaminación, el desplazamiento de comunidades -la mayoría de ellas wayuu- y las enfermedades respiratorias que han ocasionado. Además, de que la instalación de la minería a cielo abierto propone intervenciones radicales en el entorno o en el paisaje que es el insumo fundamental del turismo ecológico.

¿Se puede vivir del turismo en Támesis?

“La minería va totalmente en contra de lo que nosotros estamos pensando como comunidad. O sea, ya no es Ecortama la que está hablando de turismo, ya es el municipio, ya hay una oficina y un punto de información turística en Támesis. Es un ejercicio de construir la política turística porque ya se habla del turismo de naturaleza y del turismo rural como el segundo renglón de importancia de activación económica del pueblo”, dice Rodrigo.

La posibilidad de que a Támesis llegara la minería hizo que la gente comenzara a pensar en otras alternativas económicas, como, por ejemplo, el fortalecimiento y la

visibilización de emprendimientos familiares que producen y comercializan café, dulces, jabones y artesanías; y emprendimientos turísticos como Ecocartama, que inició en el 2005, cuando aún no se hablaba de minería en Támesis. Alternativas económicas y turísticas que han buscado decirle a la minería “aquí no los necesitamos”-

Ecocartama aún no tienen la capacidad de generar mucho empleo en el pueblo, como sí la tiene, por ejemplo, Frudelca, la mayor productora y comercializadora de naranjas y otros cítricos en el Suroeste y la empresa que actualmente genera más empleo en Támesis. Rodrigo vive del turismo y hay otras personas que se benefician indirectamente de estas actividades; sin embargo, es consciente de que no es un generador masivo de empleo.

“Las actividades que hacemos en Ecocartama tienen unas capacidades de carga muy puntuales, no son masivas. Es más, no puede ser masivo por la seguridad, por el equipamiento, por el control. Esto no puede ser simplemente una actividad económica, porque si lo basamos desde ahí, usted quiere que sea masivo para que su economía se active, pero cuando lo basamos desde el disfrute y desde la conservación, usted sabe que la sostenibilidad no está en que esto sea muy rentable sino en que, a futuro, usted tenga ese espacio natural que está disfrutando quizás mejor que como está ahora”, afirma Rodrigo.

Sin embargo, algunas economías se han articulado en el municipio generando mayores beneficios para todos. Ecocartama tiene un convenio con una de las legumbrerías del pueblo, donde compra las frutas que hacen parte de los refrigerios que ofrecen dentro de sus paquetes turísticos. Los almuerzos o fiambres que ofrece a los visitantes los mandan a preparar con algunos de los restaurantes o las familias campesinas de las veredas cercanas a los atractivos turísticos:

“Yo trabajo por agencias. El turista que me llega por la agencia antes, yo lo llevo a algún hotel y me gano una comisión, y el que llega primero al hotel, este les habla de nosotros, y yo le doy comisión a ellos. Así esto se convierte en un negocio de parte y parte. En los paquetes que yo vendo van incluidos el transporte, la alimentación, el hospedaje, las actividades y el seguro. Yo no digo “tal restaurante lo va a alimentar”, le digo a la gente “este paquete le vale x pesos y cuando esté aquí, de acuerdo a su hambre, a sus gustos y sus necesidades, yo le recomiendo este, este y este restaurante. Con los hoteles es igual. Yo les digo a mis clientes los precios de cada hotel y ya que ellos decidan dónde hospedarse. Hay que jugar con eso.”

Cuando el paquete turístico incluye el almuerzo, Rodrigo siempre procura que sea una familia de la vereda que van a visitar la encargada de preparar los alimentos con los productos que ellos mismos obtienen de la montaña: “la familia que contrato ni siquiera tiene que bajar a comprar el aceite porque matan el marrano y de ahí sacan la grasa para cocinar”, dice. Sin embargo, las normas que rigen a las empresas de turismo actualmente impiden, desde el punto de vista de Rodrigo, una verdadera vinculación de los diferentes sectores de Támesis y un desarrollo de ese tipo de turismo alternativo que pretende hacer Ecocartama.

Por ejemplo, el almuerzo que incluye la visita a las Cavernas de San Antonio es durante el recorrido. Allí le pagan a una de las familias de la vereda San Antonio para que preparen los almuerzos en leña y así no llevar ni plástico ni objetos contaminantes, pero las normas sanitarias y contables han sido un obstáculo para la vinculación de las familias campesinas con empresas como Ecocartama:

“Yo no le puedo exigir a la familia que prepara los almuerzos una factura de venta que cumpla con la DIAN, ni que tenga Cámara y Comercio, ni le puedo pedir el Invima o el certificado de manipulación de alimentos. Si yo les llego a pedir esos requerimientos, más bien no me hacen almuerzos. Eso es lo que no me ha permitido

certificarme en la norma de calidad y sé que es probable que se convierta en un dolor de cabeza para todos los de la empresa.”

Aun cuando la ley pone impedimentos por requerimientos que no son viables exigirles a familias campesinas y a pequeñas empresas, muchos de estos sectores económicos y sociales de Támesis se han tratado de integrar para mantener una economía que les permita demostrar por qué no necesitan de las actividades mineras para sobrevivir. En este sentido, Rodrigo Echeverri, el empresario, pero, sobre todo, el tamesino, piensa que los procesos de resistencia en torno a la minería se han convertido en una “gran fortaleza” para Támesis, porque, según él, es este el “único tema que los ha unido sin importar si son ricos, pobres, religiosos o ateos, de derecha o de izquierda, si es el cura o la puta del pueblo”. La unión colectiva y el diálogo entre la comunidad es lo que ha posibilitado que hasta ahora se mantengan firmes en cuanto al rechazo público que han manifestado hacia la minería.

El oro es uno de los minerales más apetecidos por la minería; este representa a su vez lo pulcro, lo puro, lo brillante; sin embargo, para Rodrigo, aunque este sea el único mineral que en su estado natural no se corroe y no se oxida, sí tiene la capacidad de “corroer, de oxidar, de opacar y de enceguecer a la humanidad”:

“Marmato, conocido como la montaña de oro de Colombia, ya no se ve que fluya agua pura sino un lodo que huele a muerte. Allá no soy capaz de mirar a la gente a los ojos porque me siento intimidado. En lugares así se ve un desarrollo económico, pero también se ve la miseria humana llevada a lo más bajo, es llevar el cuerpo al límite de morirse por conseguir un gramo de oro. Para mí la riqueza, definitivamente, es la tranquilidad, la paz y el agua”, son las palabras que destaca Rodrigo para referirse a lo que tiene Támesis y no tienen los pueblos mineros.

La identidad que ha recreado la gente de Támenesis a través de los elementos de su territorio como las imágenes de los petroglifos pintados en las fachadas de sus casas y en la nomenclatura de sus calles, de su altísimo cerro de Cristo Rey, desde donde se puede apreciar el Valle del Cauca Medio, y como se ha mencionado tantas veces, de la riqueza hídrica y natural del territorio, ha hecho que las alternativas económicas y turísticas del municipio también incluyan como una de sus banderas el “No a la minería”, ya sea como una manera de vincular a la gente o de subsistir al margen de estas actividades extractivas.

Con ‘la llegada de la minería’ como telón de fondo, Rodrigo ha construido un emprendimiento de ecoturismo: Ecocartama. Por medio de este se ha conectado con la resistencia contra la minería en Támenesis y ha encontrado una manera de vivir y mantenerse en el pueblo en el que quiere permanecer. El territorio tamesino se convirtió en ese punto de confluencia entre los diferentes actores y sujetos políticos que habitan en él.